

PREMIADOS

Narrativa Joven

"EVARISTO
BAÑÓN"

Cuarto
CONCURSO




Consejería de
Educación y Cultura
Junta de Comunidades de
Castilla-La Mancha

Organizan: BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL
y CASA DE CULTURA



Colaboran: COLEGIOS "ALCAZAR Y SERRANO", COLEGIO N.º 2 y C.P. GLORIA FUERTES,
"AMOR DE DIOS", I.E.S. "RAFAEL RÉQUENA" y A.M.P.A.S.

Ilustración: DELIBROS. Marzo 1998

Impreso en papel reciclado 100% - Gráficas BAÑÓN - Caudete - Depósito Legal: AB-82-1997

Caudete 2.000

OTRA PUESTA
DE SOL

EL SOL
SALE DE NOCHE

EL CAZADOR
DE FOCAS

SOLA

DIARIO

LA MARGARITA
DE TRES PÉTALOS

LAS CANCIONES
DEL COMPOSITOR

CONCURSO DE NARRATIVA JOVEN "EVARISTO BAÑÓN" 2.000

LISTA DE PREMIADOS

<u>Nombre autor/a</u>	<u>Título obra</u>
CATEGORÍA A	
1.º GLORIA GARCÍA GIMÉNEZ	Las Canciones del compositor
2.º Rosa M.ª Gómez Iniesta	La biblioteca mágica
3.º Alfonso Sáez Solera	Fernando y los huevos de chocolate
Mención Especial: Colegio "Amor de Dios"	Curso 1.º de Primaria
CATEGORÍA B	
1.º ANA G. BAÑÓN NAVARRO	La margarita de tres pétalos
2.º Nuria María Molina Navarro	Wiffi
3.º Carlos Garijo Martínez	La bombilla sin luz
CATEGORÍA C	
1.º ESTHER CARRIÓN NAVARRO	Diario
2.º Pablo Bañón Navarro	El misterioso pasadizo
3.º Julián Sánchez Pérez	Roni, el elefante sin colmillos
Isaac Espinosa Mesas	El mejor amigo del niño
CATEGORÍA D	
1.º SARA PÉREZ MARTÍNEZ	Sola
2.º Joaquín Domenech Vicente	El aprendiz de cazador
3.º Alejandro Camarasa Medina	Historia de una bandera
CATEGORÍA E	
1.º IGNACIO BAÑÓN NAVARRO	El cazador de focas
2.º Lidia Sarría Hernández	Una mirada hacia nuestro interior
3.º Inmaculada Agulló Benito	Cuéntame un cuento, abuelo
CATEGORÍA F	
1.º MAGDALENA TECLES TRINKNER	El sol sale de noche
2.º Teresa Pérez Domenech	Ñizza
3.º Desierto	
CATEGORÍA ESPECIAL	
1.º JULIO GONZÁLEZ CURIEL	Otra puesta de sol
Mención Especial: Carlos Requena Sánchez	El sueño azul de Hans
Joaquín Pérez	La última tarde

Categoría A

LAS CANCIONES DEL COMPOSITOR



Gloria García Giménez

OTRA PUESTA
DE SOL

EL SOL
SALE DE NOCHE

EL CAZADOR
DE FOCAS

SOLA

DIARIO

LA MARGARITA
DE TRES PÉTALOS

LAS CANCIONES
DEL COMPOSITOR

Érase una vez un hombre que hacía música pero a la gente no le gustaban las canciones que hacía, ni a los directores de orquesta tocar su música, ni a su hermano, ni a nadie.

Se puso muy triste y pensó que ya nunca más sería compositor.

Un día dándose una vuelta por el bosque se encontró con un enanito, y le dijo el enanito al compositor:

- Casi me pisas.

Hablaron mucho y de tanto hablar se hicieron amigos. Entonces le dijo al enano:

- Mira yo soy compositor y a nadie le gustan mis canciones.

- Pues mira como te has hecho tan amigo mío, te voy a dar un regalo. Aquí tengo una bolsa con notas mágicas.

Pero le dijo el compositor al enano:

- ¿Cómo funcionan?

- Mira, tu coges un papel con pentagramas y hechas un puñado de notas y las extiendes por el papel y ellas solas se colocarán bien. Después las tocas en un piano y verás que canciones más bonitas te salen. Entonces las copias en otro papel y guardas las notas mágicas y así las tendrás para siempre.

Se hizo famoso y en un año todo el mundo conocía sus canciones y todos querían tocar su música.

El compositor se fue al bosque y le dijo al enano:

- ¿Te quieres venir a mi casa a vivir?

- No puedo, yo tengo que vivir con mi familia en el bosque.

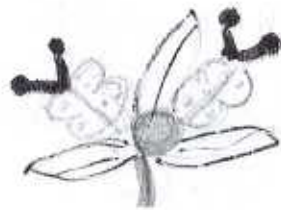
- ¿Te quieres venir a ver mi orquesta?

- ¡Vale!

La primera vez el enano fue en el bolsillo del compositor y desde ese día siempre el compositor iba a buscar al enano cada vez que iba a oír música.

Categoría B

LA MARGARITA DE TRES PÉTALOS



Ana G. Bañón Navarro

OTRA PUESTA
DE SOL

EL SOL
SALE DE NOCHE

EL CAZADOR
DE FOCAS

SOLA

DIARIO

LA MARGARITA
DE TRES PÉTALOS

LAS CANCIONES
DEL COMPOSITOR

Aquella tarde la abeja del rey mandó un pergamino a los jardines del estanque, donde decía a las flores que iba a llegar la primavera, que sacaran sus pétalos de colores y miraran al cielo, que el rey iba a declarar su amor a la princesa y una sería la elegida para llevársela a palacio.

A la hora de la siesta las flores más presumidas y charlatanas se reunieron para hablar.

- La amapola, muy señoreada dijo: me vestiré de rojo y seré la más elegante.

- La rosa dijo: te marchitas muy pronto y no tienes el perfume que tengo yo.

- El clavel contestó: mi prima la rosa pincha y podría hacer un desastre.

- El lirio dijo: no se si os acordaréis que la orquídea es la preferida del rey.

En un rincón del jardín había una margarita pequeña que lloraba al oír hablar a las otras.

Todas la miraban como si fuera una desconocida.

Hacía poco tiempo que vivía allí y aun no se había acostumbrado a estar con ellas. La única amiga que tenía era una mariquita que cuando estaba triste le hacía cosquillas en los pétalos.

La mariquita era rechoncha, tenía buen humor y como era muy cotilla, se enteraba de todo.

Más tarde una sombra muy grande se puso encima del jardín y todas las flores se asustaron mucho. Era una tormenta fuerte que parecía una bomba a punto de estallar. Comenzaron a caer gotas gordas y frías que golpeaban y estropeaban sus pétalos.

La mariquita estuvo a punto de ahogarse, pero abrió sus alas de lunares y echó a volar, se subió a los pétalos de la margarita y se dio cuenta de que sólo le quedaban tres.

Cuando salió el arco iris, el jardín estaba inundado y las flores se habían marchitado.

Llegó la hora del paseo del rey con la princesa y la única flor que quedaba en pie era la margarita que sólo tenía tres pétalos y que estaba acurrucada temblando de miedo.

La princesa estaba nerviosa porque el rey la miraba con ojos sangrientos. De pronto vió que en un rincón había una flor muy bonita.

- ¡Qué flor tan bella! dijo la princesa.

Era la margarita que se había convertido en una flor multicolor. Tenía tres pétalos blancos y tres mariposas de colores que se habían posado en los huecos. ¡Parecía una orquídea de verdad!

El rey cortó la flor y las mariposas echaron a volar. El rey le dijo a la princesa:

- ¿Te quieres casar conmigo?

- ¡Si! - dijo ella.

- ¿Me engañarás?

- ¡No! - dijo la princesa.

- ¿Serás fiel?

- ¡Si! - dijo el rey.

No le arrancaron los pétalos y la guardaron en un jarrón de cristal en el palacio.

La mariquita iba todos los días a visitarla y le contaba historias de risa.

Y colorín , colorado este floreado cuento se ha acabado.



Categoría C

DIARIO



Esther Carrión Navarro

OTRA PUESTA
DE SOL

EL SOL
SALE DE NOCHE

EL CAZADOR
DE FOCAS

SOLA

DIARIO

LA MARGARITA
DE TRES PÉTALOS

LAS CANCIONES
DEL COMPOSITOR

3 / 3 / 1990

Salgo de un agujero donde he estado viviendo nueve meses.

Estoy preciosa y llena de sangre. Alguien me coge y me lleva a los brazos de una mujer, que para mí es bellísima (horas después descubriría que era mi madre).

Me llevaron de sus brazos y algo frío me rozó. Todos los bebés lloraban al pasar bajo aquel lugar, así que yo decidí hacer lo mismo. Aquel líquido transparente hizo que cerrara los ojos, al abrirlos de nuevo estaba con aquella mujer que me mimaba y sonreía. En seguida empezamos a llevarnos bien. En aquel momento sentí que ya no estaba sola.

De pronto apareció un hombre chillando:

- ¡¡¡Es una niña, es una niña!!!

Yo le miraba atónita. Él me cogió en sus brazos y me abrazó. Con él también iba a llevarme bien, estaba segura.

4 / 3 / 1990

¡Ya estoy en casa! Así es como la llaman mi papá y mi mamá; esos señores que el día de antes me sonreían y abrazaban.

Es una casa muy bonita y espaciosa.

Noté un gran vacío en el estómago y tuve unas ganas de llorar que no pude contener. Mi mamá me dio algo que nunca antes había visto. Era una parte de su cuerpo, una gran masa de carne que despedía leche. Me agarré a aquella masa y empecé a absorber la leche que era un líquido blanco y que estaba buenísimo.

Ha sido un día agotador, así que buenas noches.

Quizá esté un tiempo sin contarte nada porque tengo que aprender muchas cosas. ¡Hasta pronto!

3 / 3 / 1991

Voy a contarte una cosa muy divertida. Todo este tiempo que he estado sin contarte nada he aprendido muchas cosas, y la que más me ha gustado ha sido la del cumpleaños.

Las mamás y papás te compran regalos al igual que el resto de la familia.

Te dejan comer tarta de bizcocho y te cantan la canción de "cumpleaños feliz".

¡Es un día estupendo!, mis primas me dijeron que yo también tendría ese día y no se equivocaron.

¡Hoy es mi cumpleaños!

Estoy muy contenta por los regalos, y porque ya se decir bien clarito mamá y papá.

Sólo tengo una pequeña molestia que ya he sufrido otras veces.

Es como si un volcán estallara dentro de mi boca. Sólo que en vez de tirar baba, tira un diente que así se llama.

Mi mamá dice que ya estoy creciendo.

Me da miedo crecer. Algunos niños que han crecido ya no hablan contigo ni saben que existes. Pero siento curiosidad por ser mayor y como hay otros bebés estarás entretenido. Me cuesta decir esto pero quiero crecer, así que adiós, pero si no me gusta ser mayor te lo haré saber.

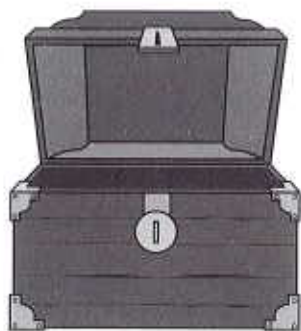
¡¡¡Suerte con los otros bebés!!!

FIN



Categoría D

SOLA



Sara Pérez Martínez

OTRA PUESTA
DE SOL

EL SOL
SALE DE NOCHE

EL CAZADOR
DE FOCAS

SOLA

DIARIO

LA MARGARITA
DE TRES PÉTALOS

LAS CANCIONES
DEL COMPOSITOR

Era ya tarde. Detrás de los turbios cristales podía contemplar como el viento recorría las calles y agitaba las últimas hojas que colgaban de los viejos y frágiles árboles. Era otoño. Las horas pasaban como si de años se tratase. No hacía nada. Decidí subir al desván.

Las escaleras que lo comunican con el resto de la casa eran muy viejas. El vendedor nos había dicho que se construyeron a principio de siglo, pero por aquel chasquido palpitante que producían, supuse que llevaban ahí desde antes de la Guerra de la Independencia.

El desván era una vieja habitación bastante grande. Aquel lugar inhóspito y yermo me hacía sentir como si estuviese en un camarote de un barco pirata, como si fuese el protagonista del último libro que había leído, "La Isla del Tesoro".

De repente sentí un escalofrío que en apenas unos segundos recorrió todo mi cuerpo.

Sentí deseos ansiosos de gritar, y cuando por fin iba a lanzar un aullido ensordecedor, un sonido me hizo retroceder. Provenía de aquel baúl. Era un viejo baúl que había pertenecido a mi bisabuela. Ella insistió en que mi abuela se lo quedase, y que cuando mi madre fuera mayor, que se lo diese a ella.

Cuando nos mudamos a esta casa, mi madre no sabía dónde ponerlo, pero no se quería desprender de él porque lo consideraba una reliquia familiar. Siempre me he preguntado qué había dentro. Recuerdo que cuando yo era pequeña, y mamá lo tenía en su habitación, me prohibía tajantemente que lo abriera, y nunca lo abrí. Pero ahora era distinto; sentía la necesidad de abrirlo, un impulso incontrolado que me empujaba a hacerlo.

Estaba forrado con viejo cuero azul. La solapa era de oro, y tenía inscritas las iniciales de mi bisabuelo. Era lo único que le quedaba a mi bisabuela después de perderlo todo en la guerra. Por eso insistió en que mi abuela se lo quedase.

Por fin lo abrí. Dentro sólo había vestidos antiguos y algunos polvorientos libros. Cogí uno. Parecía un diario. En la solapa había algo escrito pero no lograba descifrarlo. Miré en la última página y pude ver la fecha de edición, 1.902. Volví a la primera página y comencé a leer. Al acabar el primer párrafo, sin saber por qué, comencé a llorar. No sé cómo aquel texto que apenas entendía, dado que era un español muy antiguo me había transmitido una emoción tan fuerte que no podía resistir. De alguna forma ese texto me había hecho sentir como si me clavaran una espada en el corazón. Sentía dolor, pero a la vez tanta alegría que lloraba de emoción. De pronto cerré el libro, y todas esas emociones que me habían conmovido, quedaron atrapadas entre sus páginas. Volví a abrirlo y comencé a leer de nuevo. Había un campo, cerré los ojos y diversas emociones comenzaron a surgir.

Sentía el sol en mis ojos pero no me atrevía a abrirlos. Comencé a oler, lavanda... jazmín... ahora rosas... violetas... ahora podía escuchar una suave y delicada música de fondo... era el silbido de los pájaros que cantaban desde lo alto de su nido, en un frondoso álamo, situado en la colina. Ahora puedo oír agua. Es un río, y a la orilla de éste, chopos. Chopos que acompañan con el sonido de sus secas hojas el son del agua cuando el viento sopla.

Abro los ojos, y noto como mi corazón late más y más rápido. Aquello era tan precioso, que no encuentro ninguna palabra existente para describirlo.

Quedé anonadada, estupefacta; parecía tan real pero a la vez tan irreal. Aquello era cierto, estaba pasando. Era tan hermoso que me costaba creerlo. Pero sí era cierto, sí aquello estaba sucediendo de verdad. ¿Cómo podía yo haber llegado aquí?

A lo lejos, tras la colina, y siguiendo el sendero, divisé un prado. Me dirigí hacia allí. Cerca de él había un frondoso bosque. De detrás de uno de los árboles apareció un caballo. Era blanco como las nubes, fuerte como las tormentas y veloz como el viento. Sus ojos, transparentes como la cristalina agua del río de la colina, no cesaban

de mirarme. De alguna forma, quizás por una especie de telepatía (dado que en aquel lugar podía pasar de todo), me dijo que montara sobre su lomo. Lentamente me acerqué a él, y de un salto me subí a su espalda.

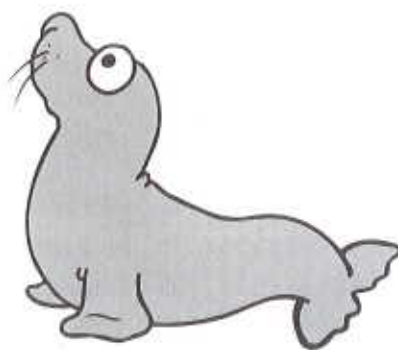
Estuvimos cabalgando horas y horas. Recorrimos bosques encantados, senderos mágicos, lugares que jamás había pensado que existiesen. Le dije que corriera y él lo hizo. Comenzó a correr y a correr. Me habría gustado que en ese mismo momento se detuviese el tiempo. Sentía como el viento golpeaba mi cara. Sabía que en algún momento el sendero se acabaría y tendría que volver a la realidad, pero no pensaba en eso; sólo disfrutaba aquel momento. De repente, el lugar que tanto había temido, el fin del camino, estaba a apenas veinte metros. No me detuve. Le dije al caballo que continuara. Imprevisiblemente, el caballo saltó. Parecía que volase. El caballo continuó corriendo y yo caí al suelo.

Desperté. Abrí los ojos. Todo seguía igual.

Era ya tarde. Detrás de los turbios cristales podía contemplar como el viento recorría las calles y agitaba las últimas hojas que colgaban de los viejos y frágiles árboles. Estaba sola. Cogí el libro y lo apreté contra mi pecho. Respiré con tranquilidad. Me fui a dormir.

Categoría E

EL CAZADOR DE FOCAS



Ignacio Bañón Navarro

OTRA PUESTA
DE SOL

EL SOL
SALE DE NOCHE

EL CAZADOR
DE FOCAS

SOLA

DIARIO

LA MARGARITA
DE TRES PETALOS

LAS CANCIONES
DEL COMPOSITOR

El día amaneció más nublado que de costumbre y Charcot, bastante cansado tras la complicada faena del día anterior, abrió dificultosamente los ojos y salió de la cama entre sudores y bostezos. Como todos sus antepasados, se dedicaba a la pesca, aunque en embarcaciones más modernas que pasaban largas temporadas en alta mar.

Su numerosa familia le obligó a aventurarse en el clandestino mundo de la caza de focas y el tráfico de sus codiciadas pieles, para obtener un sobresueldo con el cual alimentar a su mujer y a sus cinco hijos, en las épocas en las que los barcos dejaban de faenar.

Hoy era viernes, uno más de los muchos que llevaba sin trabajar. Se vistió, se introdujo en el chubasquero, se calzó las botas y bajó las desgastadas escaleras de su casa. Mientras tomaba el desayuno, enchufó la deteriorada radio, cubierta de polvo, y pudo oír, con algunas interferencias:

“...y ahora una esperanzadora noticia para los ecologistas de la zona: el gobierno por fin ha prohibido severamente la caza desmesurada de focas y las multas serán sustanciosas para los que sean detenidos faenando en esta agua...”

Charcot se quedó atónito frente a la radio. Él vivía de la captura clandestina y, si ya no era posible, tendría que aventurarse en otros lugares inescrutables, donde arrebatarse la vida a las pobres focas, no fuera considerada un delito. No entendía muy bien, ni se había planteado nunca, la importancia de la naturaleza para los habitantes de la Tierra, las especies protegidas, el hábitat... No veía más allá de las redes y los arpones que cada día sacrificaban a decenas de focas y ballenas, bajo el entusiasmo que causaba la llegada de una nueva pieza entre gritos y gemidos, lista para ser despedazada y desprovista de su preciada piel. No se daba cuenta de lo materialista que era, le daba igual cuantos animales murieran en sus manos.

Decidió visitar con toda urgencia a los hombres que iban con él en el barco, debía contarles el terrible acontecimiento.

Siguió el camino de la explanada hasta llegar a una diminuta casa grisácea, todavía sin pintar, con dos ventanas a los lados y la puerta, muy deteriorada, en el centro.

Golpeó sólidamente con los nudillos el cristal de la puerta. Aunque tardaron un poco, alguien abrió lentamente y apareció ante él. Por su estatura, parecía un enclenque, pero por dentro era un hombre muy activo y enérgico.

- Charcot, ¿qué te trae por aquí? -preguntó el individuo-

- Thomas, tengo que hablarte de un tema muy serio que he oído esta mañana en la radio y que nos afecta: el gobierno ha prohibido la caza de focas en esta zona, me temo que nos veremos obligados a buscar en otra parte del Atlántico. Tendremos que faenar en las aguas del norte.

- Pero eso es imposible, el viaje nos llevaría semanas, y además, los icebergs, las tormentas, las nevadas... mucha gente morirá. Para algunos sería una utopía sobrevivir. Creo que no sería una buena idea, conmigo no cuente, prefiero quedarme en casa, y dedicarme a hacer trabajos domésticos...

- Pero, tienes que venir, eres uno de los hombres más importantes, no puedes...

- Lo siento... -dijo con un gesto de resignación, y cerró la puerta estrepitosamente-

Charcot se quedó triste ante la puerta, no podía comprender como su mejor amigo le había podido traicionar. Todavía no sabía si los demás tripulantes del barco querrían unirse a él y acompañarle en el largo y tortuoso viaje que les llevaría hacia el norte de Groenlandia, en las frías aguas atlánticas.

Estaba a punto de anochecer. Pausadamente Charcot caminaba cabizbajo, con las manos en los bolsillos, muy cerca del borde del agua, mientras observaba los barcos, tan quietos, tan callados...

Al día siguiente se despertó como si nada hubiera ocurrido, pero pronto comenzó a recordar y se llenó de rabia.

Al final de la tarde ya eran trece los que habían decidido, no sin titubeos, emprender el arriesgado viaje.

Por la noche, mientras estaba tumbado en el sofá viendo la televisión confortado por la brisa del mar, que acariciaba suavemente su cara, el sonido molesto del timbre interrumpió bruscamente el momento de paz y tranquilidad. Ante el umbral de la puerta estaba Thomas, de figura poco esbelta, barba desenmarañada y con algunos mechones plateados debido al paso de los años (que no perdonan) y una considerable barriga que sobresalía entre el jersey y el pantalón. Vestía un jersey verde, una camisa a rayas, un pantalón vaquero oscuro con las rodillas casi blancas de tanto desgaste y un gorro calañés cubriendo su frondosa melena albina.

Charcot no sabía el por qué de esta inesperada visita, pero le invitó a entrar y él aceptó. El debate requería un lugar cómodo y acogedor para discutir.

- Charcot, he venido a decirte que he cambiado de opinión. Tenías razón, la mejor idea es esa, no puedo estar un solo instante sin pensar en el barco, el aroma fresco del mar, la brisa marina... Iré contigo.

- ¡Bien! -gritó complacido Charcot- ¿Cuándo cree que podemos zarpar?

- No sé... pero tenemos que ponernos en contacto con el patrón y adoptar las precauciones necesarias para no ser descubiertos -objetó Thomas con gran acierto-

- Entonces, mañana iremos al muelle y emprenderemos todos los preparativos... -manifestó Charcot muy satisfecho.

* * *

Cuatro días más tarde, una vez la adjudicación de las tareas en el barco estaba organizada, se dispusieron muy esperanzados a zarpar.

A medida que se acercaban a su objetivo, las condiciones climáticas eran más adversas; el mar abría sus fauces y escupía gigantescas olas, que en algunos casos barrían la cubierta del barco y amenazaban con tragarlos de un solo bocado; los trozos de hielo aparecían a un lado y a otro de la proa, y se asemejaban a terrones de azúcar flotando en una taza de café demasiado helado; y la menos temida de las condiciones, quizá porque ya estaban acostumbrados, resultó ser la principal causa de inquietud entre la tripulación: el gélido frío que entumecía sus huesos.

Tras muchos días de travesía, localizaron las primeras focas, que emergían y se zambullían y jugueteaban en el agua ajenas a la tragedia que les esperaba. Luego eran elevadas al barco, con los arpones todavía atravesando su gris y suave pelaje, para allí ser descuartizadas.

El panorama era indescriptible: decenas de focas despedazadas y convertidas en cientos de trozos de carne sin piel. La sangre corría a lo largo de la cubierta. La jornada de caza había terminado.

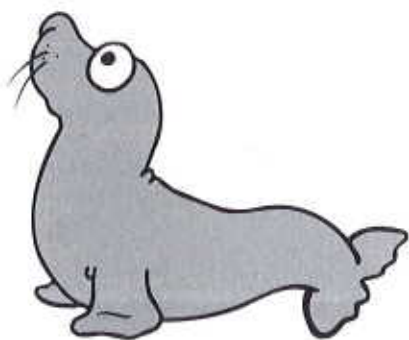
Por la noche, durante la cena, el mar estaba en calma, pero había que estar prevenido, y por eso decidieron colocar en el puente de mando a dos de sus hombres para evitar el impacto con las terribles moles de hielo, que brillaban cual gigantescas perlas en el horizonte.

De pronto el barco empezó a balancearse, muchos platos se desplomaban al suelo provocando un gran estruendo. Al instante sonaron las sirenas de emergencia, que avisaban del peligro que corrían. Muchos se desplazaban de un lado a otro sin saber a donde iban, otros se resbalaban y caían. Charcot se asomó a la puerta que daba a cubierta y

presenció cómo muchos de los hombres eran arrollados por las olas que azotaban el barco y salían despedidos hacia el océano en furia. Después volvió a entrar en la sala de mandos para tratar de contactar por radio con la patrulla de salvamento. Fue en vano, ya que las poderosas olas que penetraron en su interior, la estropearon por completo. El navío empezaba a tener serios problemas para mantenerse a flote. Como pudo, Charcot mantuvo el barco en la trayectoria correcta. Era sabedor de que la costa más cercana estaba a unas quince millas al oeste de donde se encontraban. Por suerte, en dos horas la tempestad había amainado totalmente, pese a que dejaba unas secuelas aterradoras: al menos seis personas habían desaparecido en las álgidas aguas, y entre ellas se encontraba Thomas, lo cual le produciría una aflicción y pesadumbre imborrables para lo que le quedaba de vida. A duras penas consiguió orientar la embarcación hacia el oeste.

Al cabo de unas horas llegaron a una pequeña isla, donde les esperaban unos individuos vestidos con abrigos polares. Charcot se despertó, estaba aferrado al mástil, partido por la mitad y se incorporó. Ayudó a levantarse a los demás supervivientes y descendieron del barco para hablar con los hombres que les aguardaban en la orilla. Hablaban un extraño idioma, pero Charcot no tuvo ningún problema para comunicarse. A través de un teléfono móvil gestionó todo lo necesario para organizar la vuelta. En unas horas, el sonido insistente de un helicóptero los sobresaltó. Aterrizó en el hielo provocando un gran estrépito y dos tipos con uniforme naranja sacaron unas cuantas camillas del interior. Primero preguntaron si alguien se encontraba herido. Muchos tenían síntomas de congelación, otros, brazos y piernas fracturados. Todos fueron trasladados a un hospital donde recibieron las atenciones necesarias.

En pocos días Charcot estaba de nuevo en casa, donde, con lágrimas y alegría lo recibieron sus hijos y su mujer, de los que probablemente nunca más se separaría. Había tomado una decisión, quizá la más influyente y trascendental de su vida; no volvería a un barco para acabar con la vida de unas indefensas focas que no habían hecho más delito que toparse con ellos. Había comprendido que no servía de nada perder a su mejor amigo por un puñado de sucio dinero. Fue el propio mar quien le dio la lección más importante de su vida que sin duda le ayudó a comprender lo que nunca había aceptado: el respeto a la vida y a la naturaleza que nos rodea y de la cual formamos parte.



LAS CANCIONES

LA MARGARITA

DIARIO

COLA

Categoría F

EL SOL SALE DE NOCHE

OTRA PUESTA
DE SOL

EL SOL
SALE DE NOCHE

EL CAZADOR
DE FOCAS

SOLA

DIARIO

LA MARGARITA
DE TRES PÉTALOS

LAS CANCIONES
DEL COMPOSITOR

Magdalena Tecles Trinkner

Día 213, Cárcel de Winsconsin

A medida que avanzaba la noche me sentía más saturado de su profundo misterio. Se dice que la noche es producida por ausencia de luz. No es eso. La falta de luz engendra oscuridad; pero la noche es algo más que ausencia de luz. El dolor y la noche se atraen y se entienden. Y en medio de esta existencia viscosa e irritante, me escondo yo, en una habitación deshabitada, en la que se pierde toda juventud, en la que la vejez te es negada. Mi único consuelo logro hallarlo en una ventana mediocre enrejada por dónde gozo de un paisaje desolador. Todo está tan triste, tan deplorable, tan frío. Tan lleno de nada. Los árboles secos. Las flores desaparecidas. Ni siquiera el sol logra colarse entre tanta tristeza. Y mi carne, como dilatado al caldearse mi silencio, me aprisiona en este recinto angosto, dónde mi espíritu todavía contiene -aunque ahogada- el impulso natural de su vuelo. En este calabozo senil, cualquiera de nosotros se encuentra indefenso frente al acecho de la locura. Esto me fue bien referido hace unos días. Encontrábame sumido en mi locura no acertaba a comprender verme envuelto en un encuentro repentino con otro cuerpo. Con un brusco movimiento alzó su brazo arrojándome violentamente hacia un rincón, en dónde caí como muñeco roto. Difícil es apuntar ni precisar ahora el tiempo que duró esta violenta escena, mientras yo, caído, recibía los más violentos y groseros golpes que soñaba nunca poder resistir. Él saciaba en mí su cólera arrojando su furia sobre mi cuerpo ya inútil pateándome las tripas. Luego ya no supe nada.

Hace unos días, obtuve una visita de mi abogado. Ni próximo juicio, ni mierda. Se fue sin que yo hiciese nada por retenerlo. De nuevo, me fue indispensable quedar solo, aliviar en la soledad esta repentina congoja que me ahoga. Recuerdo que a impulso de la fuerte agitación de mis nervios, empecé a pasear por la densa oscuridad del recinto, reprimiéndome en mis recuerdos y volviendo a mezclarme en la neblina de mi pesadilla de tener que permanecer en este lugar durante tanto tiempo más. Fue a partir de entonces cuando comencé a albergar temores y a preguntarme sobre mi vida: -¿estás satisfecho de lo que eres y hasta dónde has llegado? Y es entonces cuando me atormentan por vez primera los sentimientos de culpa.

¿Cuánto tiempo permanecí así en ese estado de inmovilidad letárgica? Mucho. Pero qué me importa a mí el tiempo que transcurra. Yo no me moveré de aquí hasta que no haya pagado por mi crimen

supuestamente cometido. Pero eso, ya no importa. Además, estoy harto de dar explicaciones de cosas que no he hecho. O acaso, ¿cambiaría en algo mi suerte contar la verdad de nuevo? ¡Dios mío! No creo en ti, pero ayúdame. Ayúdame a soportar esta pesadilla que no quiere llegar a su fin.

Día 636, Cárcel de Winsconsin

Sinceramente tengo la constante duda de si todavía sufro por haber perdido mi libertad o por no haberla encontrado nunca. Quizás esas lágrimas derramadas sean por la constante presencia de la soledad sobre mis hombros.

Como ese paisaje desolado que ronda cerca de la ventanilla. Así; así es como veo mi interior, mi corazón, mi alma. Triste, vacío; como si le hubieran quitado el oxígeno, impidiéndole respirar. Cuesta -y mucho- dejar que todos estos sentimientos pasen desapercibidos. En qué maldita hora; en qué maldito lugar. Todo queda reducido a la nada. Insignificante. Voy vagando por los días como un viejo perro abandonado, el cual cojea, no tiene rabo, un ojo cerrado por un golpe, las orejas partidas a mordiscos y el resto del cuerpo lleno de lodo y barro. Únicamente me mantiene vivo la esperanza. Pero, al igual que el azul se ha ido del cielo, así también se va yendo mi azul: el azul de la esperanza.

Día 1987, Cárcel de Winsconsin

Todos los que estamos encerrados en esta maldita chirona vivimos como caídos en un marasmo estúpido. Alguna vez, estremecido por una vaga idea rebelde ligada a la huida, se sacudía toda mi alma en protesta de este permanente encierro y de esa inútil vida inerte. Tanta soledad. Y tan difícil remediarla. Mis días, siento, son desatinados; un derrocha; tan llenos de nada. Las horas no tienen ni principio ni fin. Algunos se ríen en la cara del silencio... cuantos chistes absurdos... sobre mujeres... ¿Cómo pueden estar a gusto viviendo de esta jodida manera?

¿Y las mujeres? O Dios; como echo de menos ese tacto suave, ese olor, sentir su respiración en tu pecho, el sabor dulce de unos labios. Ese amor profundo y puro, no confesado con palabras. Volver a satisfacer ese deseo, lleno de placer incontrolable, por los dos amantes en un mismo momento, un mismo instante, un mismo lugar. La temperatura aumenta, la adrenalina sube, el sudor aparece, los cuerpos acelerándose, los olores entremezclándose, manos, pelo...

Soy un mestizo, pues no sé donde comienza el camino de la libertad y dónde acaba el de la soledad. Nunca he intentado esconderme y esconder mi fe. Si me abriesen ahora, de repente, la ventana y las alas de la libertad se adelantaran a cubrirme mi carne, no sabría como huir. ¿Es necesario huir o es una huida la locura? No salimos a ver el sol y aun así el calor nos hace sudar. Y cuando parece que podemos salir de esta jungla y el día se acerca, gritamos enloquecidos y enfermos de angustias para no perdernos entre la bruma negra. Siento que no encajo en este puzzle y miro hacia atrás para ver lo que dicen mis huellas, pero ni mis pies ya enfermos y vagabundos saben hallar el modo de ponerle fin a esta tragedia.

Una vez aquí, debes permanecer alerta para no caer en la trampa de arrancarte la lengua a mordiscos, clavarte tus propias uñas en la palma de tu mano bajando hasta el codo y beber después de tu propia locura cruelmente ensangrentada.

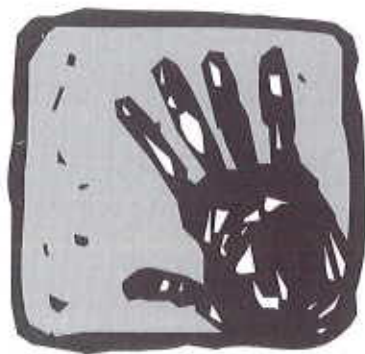
¡O sí! Esa es la excusa que define la labor de los guardias, psiquiatras y demás. Aunque cada cual tiene en su interior residiendo sus propios defensores. Mas, la salvación sería no caer nunca en el error de alzar tu voluntad contra otro, ...ni contra tí. Mas esto, en mi caso, ya no se puede alterar. No puedo regresar... ni para volver a empezar... ni para cubrir mis huellas.

Día 3678

De pie, en el centro. Soy el corazón de mi mundo. Eje de rotación. Por vez primera, puedo estar orgulloso de lo que he creado, de lo que he hecho con mi vida. Arriba, el universo, inmenso y radiante, siempre alerta, tan misterioso como mi propia existencia. A los lados, paisajes. ¡Qué bello es el sol! El canto de los pájaros, hasta veo una ardilla. Abajo, el interior de la tierra, poderoso, erupciones, fuego, calor. Yo me hallo situado en el centro, al frente de toda esta belleza. Yo, el único Dios. ¡Qué bello es este lugar! He recuperado mis alas, soy un pájaro libre rebosante de felicidad que está ansioso por volar. Es tan bello mi mundo, tan precioso, único y mío. Ya nada me ata. Es mi legado, mi particular capilla sixtina, en la que no existen leyes, ni límites. El único deber es aprender a reírse, es la puerta que abre el amor, como los rayos del sol maduran a una fruta en flor. No he cubierto mis huellas, las he creado contra la voluntad de todos. ¡Dios! Ese es mi nombre.

Categoría ESPECIAL

OTRA PUESTA DE SOL



Julio González Curriel

OTRA PUESTA
DE SOL

EL SOL
SALE DE NOCHE

EL CAZADOR
DE FOCAS

SOLA

DIARIO

LA MARGARITA
DE TRES PÉTALOS

LAS CANCIONES
DEL COMPOSITOR

Cada tarde, el mismo final.

- ¡Au! Ya estás "servía" tierra, que a la "madrugá" otro sol.

El tío Malaquías era hombre de pocas frases, a lo sumo tres o cuatro al día, relacionadas con el campo y sus esclavitudes, porque del resto, nunca se le oyó opinión ninguna. Y de esta manera, en las pocas conversaciones que le asaltaban en la taberna, o en el camino a los Viñales, donde concentraba sus cuatro rodales, se limitaba a sonreír, sonrisa incierta, a perder la mirada, mirada errante, a encerrarse en su mundo, mundo de tierra, polvo y azada... Así era el tío Malaquías.

- Tío Malaquías, tío Malaquías, orejillas, cara fría, que no nos pillas...

- ¡Ea, críos, dejadlo en paz! ¡Con Dios, Malaquías!

Sí, así era el tío Malaquías.

Aquella tarde de domingo destilaba ya sus últimos estertores. El sol se había dejado caer, a duras penas, sobre los perfiles de las últimas montañas, resbalando quedamente en cada pino, en cada piedra, lamiendo con mansa ansiedad cada recoveco del paisaje, creando una atmósfera abstracta antecesora de la oscuridad creciente. El tío Malaquías ya había salido al portal de su casa, distante ésta unos metros del pueblo, los suficientes como para no sentir algarabía ajena, y tras derramar su mirada, mirada errante, sobre el cuadro que la naturaleza le brindaba, echaba mano a sus bolsillos, anchos ya por el uso y el abuso, y buscaba su tabaco, tabaco con el que liar e inhalar, a la sombra de aquella puesta de sol, humo..., y jirones de escasos recuerdos que se asomaban a su mente... Tras unos instantes afanosos de rastreo y encuentro, se agachaba lentamente sobre el poyo (su espalda emitía una sinfonía descacharrada de crujidos sordos), y allí quedaba, casi a horcajadas, a causa de la escasa altura de aquel mal asiento, piernas abiertas, rodillas levantadas, manos ocupadas.

- ¡Au! Ya estás "servía" tierra, que a la "madrugá" otro sol.

El tío Malaquías era hombre de pocas frases... ¡y muchos años! ¡Cómo le pesaban ya al tío Malaquías! El peso déspota de tanto sudor acumulado, jornada tras jornada, había envejecido su piel, arrugándola sobre sí misma como papel vegetal; hordas erosionadas

de sulfato y polvo habían actuado como profundos arados, surcando su faz y creando paisajes de barbecho en su rostro: líneas rotas en las comisuras de los labios, puntos oscuros diseminados por la deslucida frente, por las chupadas mejillas, la pronunciada nariz, las tan pequeñas orejas. Y al fondo, muy al fondo, ausentes a tanto desmán, los ojos. Ojos diminutos, profundos, de iris grisáceo y lunar, de pupilas casi inexistentes perdidas en el vacío de su mirar errático, pero ojos cuya intensidad era capaz de imprimir un tono glacial a todo el conjunto, dotándolo de un aura ciertamente singular, espectral.

- Tío Malaquíás, tío Malaquíás, orejillas, cara fría, que no nos pillas...

Unas manos ajadas por la madera y el viento, rudas, endurecidas por callos eternos, liaban hábilmente, con sorprendente precisión, papelillo y tabaco. Leve chupeteo, y el tío Malaquíás se recostaba sobre muro de mil piedras, dejando que el humo le envolviera el rostro, ocupando cada una de sus cavidades, de sus entresijos. Cuánto cansancio acumulado... Unos segundos, y desaparecería ante sí otra puesta de sol. Y quizá fue entonces cuando adivinó que aquella sería la última. ¡Cómo gustaban las puestas de sol al tío Malaquíás!

El tío Malaquíás era hombre de muchos años... y de pocos y dolorosos recuerdos. Recuerdos que le asediaban, le cercaban y le malherían con un dolor letal que le atravesaba el alma, alma en todo caso ya consumida, dispuesta a arrojar la toalla en el postrero repaso de sus heridas. El atardecer ya había dado paso a la asfixiante negritud, de perfiles borrosos, de colores inexistentes, una negritud que rugía amenazante, dispuesta a devorar con sus fauces abismales la figura escuálida del tío Malaquíás. Y así, empequeñecido y disuelto en la oscuridad circundante, su mente comenzó a poblarse de difusas imágenes. Primero se vio a sí mismo, mucho más joven, casi un niño, acechando aquel autobús de línea, autobús destartalado que iba y venía, autobús que se llevó sus anhelos a las que ya eran su tierra y sus labores, tan cotidianos, tan comunes a su existencia, que creía serían firmes bastones de apoyo para su vejez. Pero sus sueños se disiparon en el polvo de aquel autobús, alejándose, alejándose.

A continuación, se reconoció ante el féretro de su esposa, con el dolor comiéndole las entrañas, como a ella se las había comido antes un cáncer latente y repentino, a sus veinticuatro años. Y también

se vio anonadado despidiéndose de su hija, de apenas veinte meses, de la que no supo ni pudo hacerse cargo, marchándose en brazos de... ¡qué importa!, tíos primeros, o segundos, de su esposa muerta, que le darían una educación, una casa, una familia en no recordaba qué ciudad... Y el tío Malaquías se revolvía en su asiento, aterrado ante la nitidez con la que aun conservaba aquel instante, una congoja subiendo por su pecho, reseándole la garganta, invadida por el humo del pitillo.

Y después... Años de vacío. Años de rutina indiferente, un calvario de soledad pretendida, alimentada por la certeza de saber que la vida te da la espalda... y te hace burla. Años de abandono, de descuido físico, ignorado por todos, deslizándose olvidado en el declinar de su existencia... Años y años en los que apenas recibió visitas; a veces noticias vagas de su hija en alguna carta, fotos sueltas de su única nieta, de su nacimiento, de sus ocho años, y...

- Tío Malaquías, tío Malaquías, orejillas, cara fría, que no nos pillas...

El tío Malaquías cierra los ojos. Siente el peso de toda su vida hundiéndose en sus riñones, convertida ya en una carga difícil de soportar, y se asombra descubriéndose preparado para aceptar el punto y final. Mientras, a su alrededor, y aunque él ya no lo percibe, la oscuridad ha dejado de ser una amenaza para convertirse en una fría realidad, puerta abismal dispuesta a tragárselo sin remordimientos. Y entonces, el recuerdo último, el más cercano, y por tanto, el más incisivo, el más amargo, el que más duele. Aquel día en el que su nieta llegó hasta allí, dispuesta a cumplir la promesa que había hecho a su madre de visitar al abuelo del pueblo antes de que se muriera... Había llegado sola, hecha ya toda una mujercita. Sorprendió al tío Malaquías en mitad de la esporga, afanado en limpiar de brotes innecesarios sus viejas cepas, encorvado, absorto, casi aplastado por el sol de mayo. Y el tío Malaquías revive con nitidez la expresión de su nieta al descubrir su figura, su gesto de desprecio ante su insignificancia, su cara de asco ante su olor a sudor y pobredumbre y olvido y soledad... Ella intenta reaccionar, balbucea unas palabras, un saludo, pero el dolor, multiplicado por la sorpresa, ya recorre todas las venas del cuerpo del repudiado Malaquías. Él le responde con una sonrisa, sonrisa incierta, perdida en el vacío de la lejanía real. Entonces su cuerpo se vuelve y encorva, y sigue arrancando brotes, y su nieta desaparece.

El tío Malaquías había sido hombre de pocos recuerdos... pocos y dolorosos recuerdos. Y ya no les permitiría que le retorcieran de nuevo el alma, ya no más. Sus ojos cerrados carecieron entonces de fuerza y ánimo para volver a abrirse, sus brazos comenzaron a temblar como una hoja mecida por el viento dispuesta a sucumbir a su empuje, y sus labios... Sus labios fueron incapaces de seguir presionando, y así, la colilla última de su último cigarrillo se deslizó suavemente entre ellos hasta perder contacto, y caer al suelo. También, el sonido sordo de un cuerpo desplomándose, en su último escorzo, su último acto.

- ¡Au! Ya estás "servía" tierra, que a la "madrugá" otro sol.

Y aquella tarde, al sol, desde su escondite infinito, ya no le importaba. Y los recuerdos, emborronados y desaparecidos, perdidos, como otras tantas cosas, en el pozo del olvido y las sombras. Y la oscuridad rugiendo, satisfecha. Y la vida, que pasa.

- ¡Ea, Malaquías, con Dios!



Patrocina:

M.I. AYUNTAMIENTO DE CAUDETE